

un reino en que no ejercía mando, fué mirado como una intrusión, y como origen de una funesta rivalidad entre los dos generales, si bien el presidente Deza y los partidarios del sistema de rigor y de exterminio ensalzaban al de los Velez como hombre que no había de admitir partidos de los herejes ni contentarse con reducirlos como el de Mondejar, y en este sentido informaban al rey y al Consejo. Así fué que el monarca, sin considerar el inconveniente de la coexistencia de dos capitanes generales en una misma provincia, ni el agravio que de ello había de recibir el marqués de Mondejar, envió sus despachos al de los Velez mandándole acudir á la parte de Almería. Con esto alzó su campo y dirigióse á Huécija, donde muchedumbre de moros acudidos por Fernando el Gorri se habían hecho fuertes, soltando las aguas de las acequias para empantanar los campos y atravesando maderos y árboles en las veredas y caminos para impedir el paso de la caballería. Llevaba el marqués cinco mil infantes y trescientos caballos, y le acompañaban su hermano don Juan Fajardo, sus hijos don Diego y don Luis, y otros parientes. Don Juan iba de maestro de campo y don Diego guiaba la caballería. A pesar de los estorbos que embarazaban el camino, de los reductos que defendían la población y de la resistencia porfiada de el Gorri, todo cedió al ímpetu de los soldados del marqués, y los moros fueron desalojados, huyendo unos á Andarax con el Gorri á incorporarse con Aben Humeya, otros con Aben Meknum por la sierra de Gádor á Filix, donde pronto se reunieron otra vez tres ó cuatro mil hombres. Pero la gente del marqués, que de todo tenía menos de subordinada, y cuyo móvil y afán era la presa y el botín, luego que se vió con despojos y esclavas desbandóse por aquellos cerros á gozar del fruto de sus rapiñas.

Verdad es que aquel incentivo llevaba cada día nuevas bandadas de gente á las banderas del marqués, y en reemplazo de aquellos desertores se halló en pocos días con cerca de ocho mil combatientes, con los cuales se decidió á internarse con un intensísimo frío en la sierra de Gádor en busca de los refugiados en Filix. Habíase adelantado por su cuenta el capitán de Almería don García de Villaroel por la codicia de anticiparse al saqueo, pero vió defraudadas sus esperanzas con la actitud imponente en que encontró á los moros. Así como el corregidor de Guadix, Pedrarias Dávila, en una salida á la tierra de Zenete hizo una presa de mas de dos mil mujeres y niños y mil acémilas cargadas de ropa. El creerse todo el mundo con derecho á apropiarse todo lo que á los moriscos pudiera coger, era el cebo que atraía á muchos á una guerra en que, como dice cándidamente uno de los historiadores que en ella iban, « todos robábamos (1). » La acción de Filix fué una de las mas sangrientas de esta campaña, porque los moros pelearon desesperadamente, y hasta las mujeres acometían con armas y piedras, y cuando mas no podían, arrojaban puñados de lodo á los ojos de los cristianos. Pero tuvieron que sucumbir al número y murieron en tres encuentros millares de moros, entre ellos los capitanes Futey y el Tezi, sobre todo multitud de ancianos, mujeres y niños (fin de enero, 1569). Los soldados del marqués de los Velez hicieron despues de la victoria de Filix lo mismo que habían hecho despues del triunfo de Huécija, desertarse cargados de botín. Una vez que intentó el marqués castigar un soldado de la compañía de Lorca, amotinóse toda la compañía, diciendo al general que tuviera entendido que si castigaba á su paisano Palomares (que así se llamaba el soldado), había tres mil hombres dispuestos á morir con él ó por él.

Las noticias que se recibían eran de que venían turcos en auxilio de los moriscos españoles, y de que Aben Humeya había despachado á su hermano á pedir socorros á Berbería y Argel. Entre otras disposiciones que el rey tomó con este motivo fué una mandar á Gil de Andrada que se acercase con sus galeras á la playa de Almería para abastecerla de municiones y vituallas, y enviar á aquella ciudad á don Francisco de Córdoba para que prosiguiese la guerra por aquella parte, con orden al marqués de los Velez para que suministrase parte de su gente. La expedición que hizo don Francisco de Córdoba á

(1) Ginés Perez de Hita.

la sierra de Inox (febrero) fué muy notable y le dió gran fama, porque se apoderó de un fuertísimo peñon en que se abrigan multitud de moros, en lo mas encumbrado y fragoso de la sierra, al modo del de las Guájaras, y donde los rebeldes no creían pudiera llegar planta cristiana. Y mientras don Francisco de Córdoba remataba esta difícil empresa, el marqués de los Velez desbarataba en Ohanez las cuadrillas que habían escapado de la espada del de Mondejar, huyendo los que quedaban á las cuevas que tenían en los riscos, donde eran también cazados y ahorcados. Muchas fueron las mujeres moriscas que en esta especie de ojeos murieron desastrosamente, ó acuchilladas por los soldados, ó despenándose á los abismos abrazadas á sus criaturas, sucediendo escenas que la pluma se resiste á describir (2).

Tal era el estado de la guerra cuando volvió el marqués de Mondejar victorioso de las Guájaras á acabar de reducir la Alpujarra. La acogida que hacia á los que venían á someterse le atrajo la sumisión de todos los lugares y de los desventurados que vagaban aun por las breñas con sus mujeres y sus hijos, medio muertos todos de frío y de hambre, quedando solamente como unos quinientos de aquellos feroces monfis ó bandoleros que habían comenzado la guerra y aun no querían rendirse. Pero de todos modos andaban ya cuadrillas sueltas de diez y doce soldados cristianos por casi todo el país, en verdad haciendo ellos mas daño, que con temor ya de recibirle. Hasta aquellas mil moriscas cautivas que el de Mondejar había dejado como en depósito en las casas de sus maridos ó padres fueron entregadas á una orden suya: ¡tal era ya el temor y la sumisión de aquella gente! Por cierto que enviadas á Granada, unas murieron en cautiverio, y otras fueron vendidas en pública almoneda por cuenta de S. M. (3). La guerra pues podía darse por concluida, y si se cometían excesos era por parte de los soldados cristianos, que se desbandaban en cuadrillas á correr y saquear la tierra, y mataban á los descuidados moros, y les arrebataban sus mujeres é hijos, y les quemaban ó robaban las haciendas, como sucedió en el lugar de Laroles.

Faltaba solamente al marqués de Mondejar para su completo triunfo prender al reyezuelo de los moriscos Aben Humeya, y á su tío Aben Jahuar. Y como tuviese aviso por uno de sus espías de que despues de andar de día ó errantes por la sierra de Berchules ó escondidos en cuevas, solían recogerse de noche en casa de Aben Aboo, preparó la manera de sorprenderlos y apoderarse de sus personas, en cuya empresa tenía un doble interés, el de desembarazarse de dos enemigos que acaso un día podrían volver á serle molestos, y el de acallar las habiillas de que sabia estaba siendo objeto entre sus enemigos de la corte y de Granada. Los encargados de la ejecución de esta empresa, que fueron los capitanes Alvaro Flores y Gaspar Maldonado, acordaron dividirse para ir cada uno con su gente á uno de los dos lugares en que había sospecha que pudieran albergarse. Maldonado, que se encaminó á Medina, lugar asentado en la falda de Sierra Nevada, fué el que anduvo mas certero, pues se hallaban en efecto en casa de Aben Aboo, y hubiera sido completa la sorpresa sin la imprudencia de un soldado que cerca ya de la casa disparó su arcabuz. Alarmados con esto los que en ella estaban, la mayor parte durmiendo, Aben Jahuar el Zaguer y algunos otros tuvieron tiempo para arrojar por una ventana que caía á la sierra y ganar la montaña, aunque maltratados de la caída. Aben Humeya, que era de los que dormían, aun estaba dentro cuando los

(2) Mendoza, Mármol y Perez de Hita refieren muchos casos y lastimosas tragedias que el lector, vista la naturaleza de esta guerra, se puede fácilmente figurar.

(3) Consultó Felipe II al Consejo Real y á la Audiencia de Granada si los presos en esta guerra habían de ser esclavos. Hubo letrados y teólogos que opinaron por la negativa, pero prevaleció el dictámen mas riguroso, resolviéndose que podían y debían serlo, con arreglo á la decision de un antiguo concilio toledano contra los judíos. El rey se adhirió á este dictámen, y sobre ello expidió pragmática, con la diferencia de eximir de la esclavitud á los varones menores de diez años, y á las hembras que no llegasen á once, los cuales se darían en administracion, para criarlos y doctrinarlos en las cosas de la fe.—Pragmáticas de Felipe II.—Mármol, Rebelion, lib. V, cap. 32.

cristianos trabajaban ya por forzar ó derribar la puerta. Ocurrió en aquel apuro abrirla disimuladamente él mismo quedándose escondido detrás: los soldados entraron en tropel en los aposentos, y aprovechando aquellos momentos de confusión logró fugarse dejando á todos burlados. Dióse á Aben Aboo un género de tormento horroroso para que declarara dónde se escondía Aben Humeya: el morisco lo sufrió con un valor bárbaro sin querer revelar nada, y allí fué dejado como por muerto, volviéndose los cristianos despues de robada su casa, y trayendo consigo presos diez y siete moros, que el marqués de Mondejar hizo poner en libertad por ser de los que gozaban de seguro (1).

Mientras de esta manera se había conducido el marqués de Mondejar, subyugando en escasos dos meses de rigurosísimo invierno un país montañoso alzado en masa y poblado de gente feroz; mientras él, sin darse un día de reposo, y empleando alternativamente la espada y la política, iba dando cima á una guerra que había emprendido con escasos recursos y con poca gente, y esta la mayor parte concejil, mal pagada y peor disciplinada, de esa que, como dice un escritor contemporáneo, « tenía el robo por sueldo y la codicia por superior (2), » á excepcion de los caballeros particulares que militaban á su costa, mientras él vencía con las armas á los armados, y admitía á merced á los que se le sujetaban y rendían, estaba siendo objeto de calumnias y blanco de intrigas con que sus enemigos no cesaban de indisponerle y malquistarle con el rey. El presidente y la chancillería de Granada, el corregidor y ayuntamiento que desde las competencias de jurisdicción le habían mirado siempre con enemigos ojos, frecuentemente enviaban al monarca emisarios que representaban al marqués como hombre tibio en el castigar aquella gente malvada, y fácil en recibir á partido á los que se le entregaban y sometían; hacíanle un delito de no acabar á hierro y fuego con aquellos traidores á Dios y al rey; acusábanle de permitir mucho á sus oficiales, de no poner cobro en el quinto y hacienda del soberano, de no dar parte de los sucesos al presidente, audiencia y corregidor, é imputábanle á este tenor otras faltas, al propio tiempo que recomendaban y ensalzaban al marqués de los Velez, engrandeciéndole su valor y su consejo, y sobre todo su rigor con los descreídos moriscos enemigos de la fe. Noticioso de estas cosas el de Mondejar, había enviado á la corte, ya á don Diego de Mendoza, ya á don Alonso de Granada Venegas, para que informasen al rey de los progresos de la campaña, de los buenos efectos de su política, de cómo el quinto era depositado en manos de los oficiales reales, de que así como el presidente y oidores de la chancillería no le comunicaban á él los secretos de sus acuerdos, tampoco tenía él para qué comunicar con ellos los de la guerra de que no entendían, y por último, de que sometido el país, como ya le tenía, á la voluntad del rey quedaba la aplicación del castigo; y no pudiendo los vencidos oponer ya resistencia, S. M. podía, ó acabarlos, ó arrojarlos del reino, ó internarlos y derramarlos por los pueblos de Castilla.

Vacilaba el rey sobre el partido que debería tomar en vista de tan opuestos informes y consejos que le daban, y de tantos chismes como zumbaban en torno á sus oídos por parte de los del Consejo Real, de la chancillería y autoridades de Granada, de los caballeros y magnates de Andalucía, y de los amigos del marqués de Mondejar. Esforzábese don Alonso de Granada en persuadir al soberano á que fuese en persona á visitar y acabar de reducir aquel reino, como lo habían hecho con fruto los Reyes Católicos, seguro de que con su presencia se allanaría todo. Pero contradecíanle el cardenal Espinosa con los mas del Consejo, y juntamente fueron de parecer que el rey don Felipe enviase á Granada á don Juan de Austria su hermano bastardo, jóven de grandes esperanzas, para que asistido de un consejo de guerra que se formaría en aquella ciudad proveyese á las cosas del reino, bien que sin poder determinar nada sin consultarlo antes al Consejo supremo. Resolvióse el rey por este partido, y en un mismo día (17 de marzo) expidió dos provisiones, una á don Luis de Requesens,

(1) Mármol, lib. V, cap. 34.—Mendoza, Guerras, lib. II.

(2) Don Diego de Mendoza.

comendador mayor de Castilla, embajador entonces en Roma, y teniente de capitán general del mar de don Juan de Austria, para que con las galeras de Italia y los tercios de Nápoles viniese á España, y juntándose con don Sancho de Leiva defendiese la costa de las naves que pudieran venir de Berbería; otra al marqués de Mondejar, para que dejando en la Alpujarra dos mil trescientos hombres á cargo de don Francisco de Córdoba, ó de don Juan de Mendoza, ó de don Antonio de Luna, viniese á Granada á asistir en el consejo á don Juan de Austria su hermano, ó bien permaneciese en Orgiba y aguardase las órdenes que le enviara don Juan. Optó el marqués por el primero de los medios propuestos, pareciéndole mas ventajoso y mas digno, y dejando la gente de guerra á don Juan de Mendoza se vino á Granada. Ordenó igualmente el rey al marqués de los Velez, que estando á lo que le mandase don Juan de Austria, enviase luego á Granada relacion del estado en que se hallasen las cosas de la parte oriental de aquel reino donde él estaba, para proveer lo conveniente.

El Consejo de don Juan de Austria se había de componer del duque de Sessa, nieto del Gran Capitán, del marqués de Mondejar, Luis Quijada, presidente de Indias, el presidente de la audiencia de Granada don Pedro de Deza y el arzobispo. El mando militar del reino de Granada se había de dividir entre el marqués de los Velez y el de Mondejar, quedando á cargo del primero los partidos de Almería, Baza, Guadix, rio Almanzora y sierra de Filabres, al del segundo el resto del reino.

Mas en tanto que estas medidas se preparaban, desoído el marqués de Mondejar, porque su consejo no era el del rigor, ni su opinión la de los ministros del rey, ni acaso la del monarca mismo, y desaprovechada aquella ocasion para haber hecho de los moriscos rendidos lo que mas se hubiera creído convenir, dióse lugar á que estallara una nueva insurrección, que había de costar aun mas sangre que la primera, provocada por las correrías, incendios, robos y asesinatos que los soldados hacían en cuadrillas, so pretexto de encontrar moros armados y en actitud de guerra, no siendo ya bastante á tenerlos á raya el marqués, desautorizado por aquellas medidas y reducido á la inacción. Los moros, que de aquella manera provocados se alzaban, recurrieron de nuevo á su rey Aben Humeya, ofreciendo esta vez no rendirse hasta morir, y él los alentaba con la esperanza de próximos auxilios del Gran Turco, que su hermano Abdallah había ido á solicitar (3). Corrió en esto la voz en Granada de que Aben Humeya trataba con los moros del Albaicín de que se alzasen, y á una señal suya él acudiría á la ciudad, en cuya conspiración, verdadera ó supuesta, se decía entraban los moriscos presos en la cárcel de chancillería, que eran mas de ciento, de los mas ricos y acomodados de la población, aunque gente inhábil para la guerra, entre ellos don Antonio y don Francisco Valor, padre y hermano de Aben Humeya. Denunciado este proyecto al presidente Deza, como asimismo que se veían fogatas á la parte de Sierra Nevada, dió orden para que se pusiese en armas la guarnición, se repartieron también armas entre los cristianos presos; el atalaya de la torre de la Vela, acaso prevenido, tocó á altas horas de la noche (17 de marzo) la campana de rebato; á esta señal los cristianos armados de la cárcel acometieron á los moriscos, los cuales se defendían valerosamente en sus calabozos; alborotóse la ciudad; entraron los soldados en la cárcel, y comenzaron á degollar los moriscos presos; vendían estos infelices caras sus vidas arrojando á sus matadores piedras y ladrillos que arrancaban de las paredes, vasos, sillas,

(3) En efecto, hallábase Abdallah en Constantinopla gestionando en este sentido cerca del Gran Señor, diciendo que había sesenta mil moros armados en el reino de Granada, sin contar los de Valencia, Aragón y Castilla, los cuales todos se alzarían en cuanto él llegara y le harían señor del reino. Mohammed por rivalidad con Mustafá protegía los intentos del morisco español, tratando de persuadir al sultan Selim que debía emprender la guerra de España en ayuda de los oprimidos moros, con preferencia á la expedición á Chipre que meditaba y le aconsejaba su rival Mustafá. Pero Selim se decidió por lo último, como luego habremos de ver, y despachó al embajador granadino con cartas para el virey de Argel Uluch-Ali, el cual se contentó con enviar algunos turcos á España á sueldo de Aben Humeya.



tablas y cuanto habian á las manos, pero al cabo de siete horas de desesperada defensa, sucumbieron al número, y fueron degollados todos en número de ciento y diez, á excepcion de don Antonio y don Francisco de Valor, á quienes protegieron sus guardadores. Si todos estos desgraciados habian sido culpables en deseo, solo algunos parece que lo habian sido en pláticas, pero al presidente que no habia impedido la matanza no se exigió responsabilidad alguna (1).

La insurreccion de los moriscos de la Alpujarra crecia otra vez de día en día; ellos mataban á los capitanes cristianos, y los cristianos incendiaban y talaban los lugares de los moros, sin reparar en que estuvieran ó no reducidos. Urgia ya la presencia de don Juan de Austria para ver si ponía remedio á aquel desorden. Al fin despidióse el jóven príncipe del rey su hermano en Aranjuez (6 de abril, 1569), y partió para Granada en compañía de Luis Quijada que en su infancia le habia criado. El recibimiento que á don Juan se hizo en aquella ciudad fué suntuoso y solemne, y digno de la calidad de su persona. Acabadas las ceremonias, las arengas y los festejos, comenzó á oír á unos y otros acerca del estado del reino y de los negocios de la guerra, y á tomar las providencias que iremos dando á conocer en otro capítulo.

## CAPÍTULO XII

### Los moriscos.—Don Juan de Austria

DE 1569 Á 1571

Nacimiento, infancia y pubertad de don Juan de Austria.—Quién fué su madre.—Secreto y misterio con que fué criado en casa de Luis Quijada.—Dónde y cómo le reconoció por hermano Felipe II.—Acompaña al príncipe Carlos en Alcalá.—Intenta ir á la guerra de Malta, y es detenido de orden del rey.—Confíele su hermano el mando de las galeras.—Expedicion contra corsarios.—Nómbrale para dirigir la guerra contra los moriscos.—Primeras disposiciones de don Juan en Granada.—Disidencias y entorpecimientos en el Consejo.—Progresos de los moriscos: Aben Humeya.—El comendador mayor de Castilla en el Peñon de Frigiliana.—Real cédula para la expulsion de los moriscos de Granada, y su internacion en Castilla.—Llamamiento del marqués de Mondejar á la corte, y su causa.—Muere el rey Aben Humeya asesinado.—Es proclamado Aben Aboo rey de los moriscos.—Nuevo aspecto de la guerra.—El duque de Sessa y el marqués de los Velez.—Sale á campaña don Juan de Austria.—Rinde á Galera.—Desastre en Seron.—Nuevos triunfos de don Juan.—Tratos y negociaciones para la reduccion.—Bando solemne que hizo publicar don Juan de Austria.—Operaciones del duque de Sessa.—Pragmática del rey para sacar del reino á los moros de paz.—Prosiguen los tratos de reduccion.—El Habaquí.—Reunion de capitanes moriscos y cristianos.—Conciértase la reduccion.—El Habaquí humillado ante don Juan de Austria.—Designacion de capitanes para recibir los moros reducidos.—Alzamiento y guerra en la serrania de Ronda.—Arrepiéntese Aben Aboo, y se niega á reducirse.—Doblez y arterias del reyezuelo moro.—Asesina al Habaquí.—Intenta otra vez engañar á don Juan de Austria.—Resuélvese de nuevo la guerra contra Aben Aboo.—Batida general del comendador Requesens en la Alpujarra.—Exterminio de moriscos.—Vuelven don Juan de Austria y Requesens á Granada.—Licencian las tropas.—Regresa don Juan de Austria á Madrid.—Muerte trágica de Aben Aboo, y fin de la guerra.—Puéblase el reino de Granada de cristianos.

Al aparecer en el teatro de la guerra con tan principal papel el nuevo personaje que nombramos á la cabeza de este capítulo, y estando destinado á ser en lo de adelante la mas noble y sobresaliente figura del cuadro histórico de esta época, justo, además de forzoso y conveniente, será que demos á conocer los antecedentes de su vida hasta que ha sido elegido para mandar en jefe y dirigir los negocios de la guerra contra los moriscos de Granada, siendo preferido, con ser tan jóven, á tantos y tan antiguos, expertos y acreditados generales como podia haber buscado el rey Felipe II.

Don Juan de Austria, hijo natural del gran Carlos I de España y V de Alemania, fruto de sus amorosas intimidades con una jóven de Ratisbona llamada Bárbara Blomberg, despues de algunos años de viudo de la emperatriz Isabel (2), habia

(1) Mendoza, Guerra de Granada, lib. II.—Mármol, Rebelion, lib. V, capítulo 38.

(2) En otra parte hemos ilustrado detenidamente este punto, y de-

pasado su infancia en una humilde oscuridad, ignorante y muy ajeno de que fuese hijo de tan excelso soberano. Quiso Carlos V tener guardado este secreto, ya por un justo respeto á la honra de la jóven que habia tenido la flaqueza y la fortuna de ser madre del que despues fué tan insigne príncipe, ya tambien porque creyera rebajarse en la revelacion su dignidad imperial, atendida la modesta alcurnia de la Blomberg: consideracion que no habia tenido respecto á su hija Margarita, habida tambien ilegítimamente, acaso por pertenecer su madre á mas noble familia. Confió, pues, con toda reserva el cuidado y crianza del tierno niño á su mayordomo Luis Quijada, señor de Villagarcía, su mayor confidente y á quien fiaba los mas delicados secretos. Acordaron despues los dos, ó para encubrir mas el caso, ó tal vez al propio tiempo con otros ulteriores fines, traer el niño don Juan á España, donde ya andaba meditando el emperador retirarse. Púsosele primeramente, segun nos informan sus biógrafos é historiadores, en la villa de Leganés, á dos leguas de Madrid, al cuidado de un clérigo y al cargo de otra persona conocida y de la confianza del emperador y de Luis Quijada, donde se criaba haciendo la vida de aldea, y alternando en los juegos infantiles con los demás muchachos del pueblo, sin que nadie sospechara su elevado origen, aunque distinguiéndose entre todos, así por la mayor decencia de sus vestidos, como por cierto aire y maneras nobles que parece inspira el nacimiento y suelen revelarse aun en las situaciones mas humildes (3).

Pero informado despues el emperador de que en Leganés ni se tenia con su hijo cuidado, ni se le daba la educacion conveniente, antes en lo uno y en lo otro se advertia cierto abandono perjudicial, determinó trasladarle á Villagarcía, al lado y bajo la direccion de la esposa de Luis Quijada, doña Magdalena de Ulloa, hermana del marqués de la Mota, señora de mucha discrecion, honestidad y virtud, donde recibiria otra instruccion, otras costumbres y otra educacion mas fina y esmerada. Encargóle mucho su marido que le tratara y cuidara como hijo propio, pues lo era de persona de mucho lustre, y con quien tenia muy estrecha amistad, no sin que el interés tan grande que por él manifestaba su esposo dejara de inspirar en tal cual ocasion á aquella señora ciertas sospechas que no andaban léjos de ir mezcladas con celos. Allí permaneció don Juan, dando ya en sus inclinaciones muestras de lo que algun dia habria de ser, y haciéndose querer de todos por su buena índole, su amabilidad y sus excelentes prendas de alma y de cuerpo. Cuando Carlos V vino á encerrarse en el monasterio de Yuste, érale presentado muchas veces su hijo en calidad de paje de Luis Quijada, gozando mucho en ver la gentileza que ya mostraba, aun no entrado en la pubertad. Tuvo, no obstante, el emperador la suficiente entereza para reprimir ó disimular las afectuosas demostraciones de padre, y continuó guardando el secreto, bien que este no habia dejado de irse trasluciendo, y se hacian ya conjeturas y comentarios sobre el misterioso niño (4). La volun-

mostrado con copia de documentos auténticos, que la madre de don Juan de Austria fué la mencionada Bárbara Blomberg, y no otra, desvaneciendo al propio tiempo de una manera que no puede dejar ya lugar á la duda ciertas calumniosas especies que algunos escritores habian difundido, queriendo dar á este príncipe un origen mucho mas criminal y feo, de que quedaba harto lastimada la honra del emperador, y mucho mas la de una ilustre y virtuosa reina. Puede verse el número tercero de la REVISTA ESPAÑOLA DE AMBOS MUNDOS, donde se insertó esta ilustracion.

La Blomberg, hija de un ciudadano particular de Ratisbona (*pitäeger*), que vivia de su hacienda, casó con Jerónimo Piramo Kegell, comisario del ejército del rey, de quien tuvo dos hijos. Habiendo enviado de Kegell, fué traída á España por disposicion de su hijo don Juan, de acuerdo con su hermano Felipe II, que le asignó una pension de 3,000 ducados anuales. Se estableció en San Cebrían de Mazote (Castilla la Vieja), y se trasladó posteriormente á Colindres, donde murió en 1598.

(3) Segun Vander Hammen, que cuenta minuciosamente todo lo relativo á la vida de don Juan, el clérigo á cuyo cuidado se encomendó, se llamaba Bautista Vela, y la mujer á cuyo inmediato cargo estaba, Ana de Medina, casada con un flamenco nombrado Francisco, uno de los que Carlos habia traído en su comitiva la primera vez que vino de Flandes á España.—Historia de don Juan de Austria, lib. I.

(4) «Hallo ya tan público aquí (escribia Luis Quijada á Felipe II en 12 de diciembre de 1558) lo que toca á aquella persona que V. M. sabe

tad de Carlos era que se guardara el incógnito hasta la venida del rey don Felipe, y por su parte se despidió del mundo sin revelarlo sino á muy pocos confidentes.

Para Felipe II no era ya un secreto (1): y así á poco tiempo de haber venido de Flandes á España (1559) procuró conocer á su hermano natural, haciendo que doña Magdalena de Ulloa le llevara al famoso auto de fe que se celebró y presidió el rey en Valladolid. Allí se hicieron ya con don Juan algunas demostraciones harto significativas, que él sin embargo no comprendió todavía. Mas á pocos dias de esto determinó el rey acabar de levantar el velo que encubria el arcano. Dispuso Felipe ir con su corte al monasterio de la Espina, y ordenó á Luis Quijada fuese á encontrarle allí llevando consigo á don Juan vestido con el traje que ordinariamente usaba. Por preoz que se suponga el juicio del jóven príncipe, y por instruido que fuera por Luis Quijada del papel que aquel dia habia de representar, es imposible que dejara de sorprenderle y que no le produjera cierto aturdimiento verse recibido tan afectuosamente por el rey, besarle la mano puesto de hinojos Luis Quijada, hacerle homenajes los grandes y cortesanos, ceñirle el rey por su mano la espada y colgarle al cuello el Toison de oro, y por último oír de boca del mismo soberano: *Buen ánimo, niño mio, que sois hijo de un nobilísimo varon. El emperador Carlos V que en el cielo vive, es mi padre y el vuestro* (2).

Terminada esta dramática metamorfosis, y hecho por los grandes de la corte el correspondiente acatamiento al sobrecogido jóven, como á hijo del emperador y hermano natural del rey, volvieron todos juntos á Valladolid, siendo aquel un dia de gran júbilo para la poblacion, que afuía en masa á su encuentro, ansiosa de reconocer al nuevo príncipe. Púsole el rey casa y servicio, pero mandó darle solamente el título de *Eccelencia*, bien que no pudiera evitar que el pueblo por respeto y por costumbre le tratara de *Alteza* (3). En las córtes que á principios del año siguiente (1560) se celebraron en Toledo para el reconocimiento y jura del príncipe don Carlos asistió don Juan de Austria en union de toda la familia real con un vestido de terciopelo carmesí, bordado de oro y plata, que no hubiera sido fácil reconocer al antiguo labradorello de Leganés. Aun no tenia entonces don Juan los catorce años cumplidos, y para que pudiera prestar juramento y hacer pleito homenaje al príncipe su sobrino fué menester que allí mismo le dispensara el rey la falta de edad que para estos casos requieren las leyes del reino (4).

está á mi cargo, que me ha espantado, y espántame mucho mas las particularidades que sobre ello óyo...» Archivo de Simancas, Estado, leg. 120.

(1) La prueba de ello es que en 12 de octubre (1558) le habia escrito Luis Quijada diciéndole entre otras cosas, que la vispera de morir su padre, habia mandado entregar 600 escudos de oro á fin de que con ellos se formase una renta de 200 florines para cierta persona que S. M. sabia. Y al respaldo de esta carta, se halla puesto de mano de Felipe II: «Eraso, esta carta guardad, y me acordad de lo que en ella se dice, que creo que aquello mandó S. M. dar á la madre de aquel gentil-hombre; y acuérdesos de lo que os dije que supiédesos de su marido, y acordádmelo todo.»

(2) Algunos suponen haberse verificado esta escena en el monte Torozos, en una partida de caza que el rey habia dispuesto. Sobre no parecernos ni á propósito el lugar ni verosímiles las circunstancias con que estos lo cuentan, nosotros hemos seguido á Vander Hammen, en la Historia de don Juan de Austria, lib. I, y á Cabrera, Historia de Felipe II, libro V, cap. 3, que nos parecen los mas autorizados.

(3) La servidumbre que se designó á don Juan de Austria, fué: mayordomo mayor, el conde de Priego; samiller de corps, don Rodrigo de Benavides, hermano del conde de Santisteban; caballero mayor, don Luis de Córdoba; secretario, Juan de Quiroga; capitán de su guardia, don Luis Carrillo, primogénito del conde de Priego; varios gentiles hombres y ayudas de cámara. Luis Quijada, caballero mayor ya del príncipe don Carlos, asistia con título de ayo á don Juan de Austria. Diéronle á éste para vivir las casas del conde de Ribadavia.

(4) Es por consecuencia inexacto que don Juan de Austria naciera en febrero de 1545, dia de San Matías, como hasta aquí han venido diciendo todos los historiadores, porque de ser así tendria don Juan quince años, en febrero de 1560, y por testimonio de las córtes y del rey aun no tenia entonces los catorce. El texto de las córtes no ofrece duda alguna. «Y luego que esto fué hecho, el dicho Francisco de Erasó dixo á la C. R. M. del rey don Felipe nuestro soberano señor, que ya sabia como el ilustrísimo don Juan de Austria no tenia la edad cumplida de los catorce años; y como quiera que se conocia que tenia discrecion, avilidad y entendimien-

Cuando Felipe II envió su hijo el príncipe Carlos á Alcalá (1562) con su primo Alejandro Farnesio, envió tambien á don Juan de Austria, ya para que hiciera buena compañía al príncipe, ya para que él mismo se instruyera con el estudio y cultivo de las letras humanas, en las cuales adelantó cuanto de su edad podia esperarse. Como la intencion del emperador habia sido educar á don Juan para el estado eclesiástico, y en esta misma idea estaba Felipe II, solicitó este de la santidad de Pio IV el capelo de cardenal para su hermano (1574), de que á no dudar le hubiera investido el papa á no haberse interpuesto en Roma la cuestion de preferencia entre los embajadores de Francia y España. Y fué mejor así; porque el jóven príncipe habia mostrado siempre mas inclinacion al escudo del guerrero que á la púrpura cardenalicia, y en sus juegos juveniles habia descubierto mas aficion á los ruidosos ejercicios bélicos que á las pacíficas ocupaciones del sacerdocio. De ello dió una prueba bien patente, cuando recien vuelto de Alcalá á Madrid, sin consultar con el rey su hermano, y estimulado solo del fuego de la juventud y avivado por el deseo de ganar gloria militar, como aquel que sentia hervir en sus venas la sangre de Carlos V, desde Galapagar, donde iba con su sobrino Carlos, tomó el camino de Barcelona con dos oficiales de su casa, resuelto á embarcarse en aquel puerto (1565) para concurrir como aventurero, ya que como jefe no le era permitido, á la ruidosa empresa del socorro de Malta que entonces llamaba la atencion de toda la cristiandad.

Los correos y los emisarios que Felipe II despachó, tan luego como supo su determinacion, para que le detuviesen y le hiciesen volver á la corte, no hubieran bastado á impedir su propósito si no hubiera enfermado poco antes de llegar á Zaragoza. Tal era el influjo que don Juan, con ser un mancebo de diez y nueve años, ejercia ya en la nobleza de Castilla, que la noticia de su resolucion excitó á multitud de caballeros nobles á imitarle y seguirle, como avergonzados de permanecer en la corte ó en sus casas mientras él iba á lanzarse á los riesgos del mar y á participar de los peligros de la guerra. Todavía, apenas se sintió un tanto restablecido de su fiebre, partió resueltamente de Zaragoza, y llegó á Monserrat, y hubiéndose embarcado en Barcelona á no haberle alcanzado allí cartas de su hermano, en que le mandaba volver so pena de incurrir en su desgracia y real desagrado. Esta comunicacion fué la que le hizo retroceder, con el sentimiento de renunciar á una empresa en que deseaba darse á conocer y empezar á acreditar que era digno hijo de tan esclarecido padre.

to, que todavía á mayor abundamiento S. M. supliese el dicho defeto para que pudiese jurar é hacer el pleito omenaje en caso que fuese necesario, y aviéndolo S. M. particularmente oido, en voz ynteligible respondió y dixo, que ansi era su voluntad, no embargante las leyes destos reinos: lo qual por el dicho ilustrísimo don Juan de Austria oido, se levantó de la dicha silla en que estaba, y fué antel dicho Rmo. Cardenal, é hizo otro tal juramento como el que la serenísima princesa avia hecho, y fecho se levantó y fué antel dicho marqués de Mondejar que estaba en pie en frente de S. M., y metidas las manos entre las del dicho marqués, hizo el pleito omenaje contenido en la dicha scriptura de juramento é pleito omenaje de suso scripta: lo qual ansi hecho en señal de la ovidencia, rreconocimiento y rreverencia, subjecion y vasallaje y fidelidad á dicho serenísimo esclarecido príncipe don Carlos nuestro señor debida, se fué antel dicho ilustrísimo don Juan de Austria, é hincadas las rodillas en el suelo, le besó la mano, y desde allí se tornó á sentar en la silla en que antes estaba, como dicho es.—Copiado por nosotros del testimonio *original* de dichas córtes, refrendado por el secretario Erasó y por los escribanos mayores de córtes, que se conserva en el archivo municipal de la ciudad de Leon, en cinco hojas de pergamino útiles, marca folio.

En confirmacion de que aquella era la verdadera edad de don Juan de Austria, y no la que hasta ahora le han dado los historiadores, viene la medalla que se acuñó para perpetuar su memorable victoria en Lepanto, y que se conserva en el Museo Numismático de la Biblioteca Nacional de esta corte (estante 36, caja núm. 1.<sup>o</sup>), por la que consta, que don Juan en octubre de 1571 no tenia mas de veinticuatro años, pues en su anverso se lee la siguiente inscripcion: JOANNES AUSTRIÆ CAROLI V FIL. ET. SU. ANN. XXIII.

Ya que nos hemos puesto á rectificar, diremos tambien que se equivocaron Vander Hammen, Cabrera y otros que los han seguido, al decir que don Juan de Austria tomó al príncipe don Carlos en aquellas córtes el juramento de guardar y hacer guardar las leyes, costumbres y libertades del reino. Don Juan de Austria no tomó tal juramento, segun en el testimonio original de dichas córtes hemos visto.